

Durante los años 50 se publicaban en España muchas revistas de poesía, o de poesía y otros géneros literarios. Sólo en la provincia de Ciudad Real, aparecían *Balbuena*, de Valdepeñas, y *Albores de Espíritu*, que se editaba en Tomelloso. Yo había colaborado en ambas publicaciones, iniciadas en los años 40, y me había puesto al corriente, gracias a su lectura y al trabajo realizado para “Pensando en Joven”, del incipiente movimiento artístico y literario de nuestra entonces preterida tierra. Colaboraba, además, en varias revistas poéticas de Madrid y de otras ciudades, y hacía varios años que seguía ininterrumpidamente el acontecer artístico, todavía escaso y un tanto tímido, de Madrid.

Partiendo de estas experiencias, y contando con que serían pocos los que me negasen su ayuda, si bien no pensaba pedírsela a muchos, me propuse preparar un primer número que fuese, por así decirlo, un adelanto compendiado de la línea a seguir por *Deucalión*. Aunque procediese de un grupo de vanguardia, el postista, no me limitaría a publicar poemas más o menos relacionados con su estética sino que, por el contrario, me guiaría siempre por dos principios: la actualidad y la calidad. De este modo, pretendía establecer un puente entre los poetas de la anteguerra y los de la postguerra y, una vez pasado dicho puente en aquel primer número, prestar una atención casi exclusiva a los últimos. De ahí que en nuestra primera salida estuviesen representados el grupo poético del 27, la llamada generación del 36 y las promociones poéticas de los últimos años. Me propuse también que el relato breve de carácter poético y las artes plásticas de autores afines a la poesía ocupasen un lugar importante en las páginas de *Deucalión*. Completarían los materiales de la revista unas breves notas críticas que, ante la imposibilidad material de seguir a todo el movimiento poético de España, se ocupasen principalmente de los escritores manchegos. Por lo demás, si bien no podía soñar en hacer de *Deucalión* una revista internacional, aspiraba, cuando menos, a que no faltasen en sus dos pliegos originales de escritores y artistas contemporáneos de otros países.

El grupo poético del 27 está representado en el número-1 de *Deucalión* por sendas poesías de Gerardo Diego y Vicente Aleixandre, por un dibujo de Rafael Alberti, entonces en el exilio, y por una partitura musical autógrafa de Federico García Lorca.

Quiero decir, antes de seguir hablando de este número primero de *Deucalión*, que publicar durante aquellos años originales de Alberti, de García Lorca o de Luis Cernuda —cosa que hice en un número posterior— era empresa por demás arriesgada, y por supuesto incierta, dada la estricta vigilancia de la censura. Sólo que decidí no pasar por ella los originales de *Deucalión*. Al principio, no hubo reacción oficial ante aquel incumplimiento de un trámite en el que el régimen parecía basar su subsistencia pero, cuando ya habían aparecido tres o cuatro números de la revista, recibí un oficio, no de los censores de Ciudad Real, sino de los de Madrid, en el que se comunicaba su suspensión debido a que se trataba de una publicación ilegal que, no sólo no cumplía con la censura, sino que, además, no estaba inscrita en no recuerdo qué registro. Tras no pocas gestiones y antesalas, conseguí que me recibiese el entonces jefe de todo aquel tinglado, Juan Aparicio, que presumía de liberal, y a quien cogí el pan debajo del brazo haciéndole ver que la revista no se ponía a la venta, que era subvencionada por